

EL LUGAR QUE ME GUARDABAN

Federico Rodríguez Páez

Libro digital de poemas

Punta del Este, Uruguay, 2026

El lugar que me guardaban
Federico Rodríguez Páez

Edición digital de autor
Punta del Este, Uruguay, 2026

© Federico Rodríguez Páez
Todos los derechos reservados

federicorodriguezpaez.com

Jaque no es mate.
No te explica y no te salva.

Federico Rodríguez Páez

ÍNDICE

1. Media luna
2. Lo que nadie hereda
3. El lugar que me guardaban
4. Nueve pantallas
5. El ruido del freezer
6. La lluvia en la lista
7. No era humildad
8. No era respeto
9. La pulsera
10. El permiso
11. La foto que no saqué
12. No lo bajé
13. Los que limpian después
14. La propina
15. Lo que me dio vergüenza
16. El que volvió tarde
17. El precio
18. 23:20
19. El día que no pasó nada
20. El amigo que no entró

NOTA

Este libro nace de una zona concreta: una mesa, una puerta, una recepción de madrugada, una foto que no debió usarse, un hijo que mira antes de entrar, un amigo que se queda afuera.

No ordena una biografía ni explica una obra. Reúne veinte poemas donde la memoria aparece en objetos mínimos: un vaso, un reloj, una pulsera, una bolsa de hielo; y donde la mirada se vuelve una forma de responsabilidad.

En estas páginas, Federico Rodríguez Páez cruza escritura, territorio y materia: herencia, trabajo, clase, paternidad, vergüenza y presencia pública. La voz no busca decorar la experiencia, sino dejar visible lo que queda después de haber mirado demasiado.

Punta del Este, Uruguay, 2026.

MEDIA LUNA

Mi abuelo tomaba agua
como si apagara una máquina.
Agarraba el vaso
con la mano recién lavada
y quedaba siempre lo mismo:
una media luna negra
marcada en el vidrio,
a la altura del pulgar.
Grasa.
Hierro.
Tierra metida
más adentro
que el jabón.
Yo miraba eso
desde la otra punta de la mesa
mientras él tragaba en silencio,
con la camisa abierta,
los hombros todavía trabajando.
Nunca dijo cansancio.
Nunca dijo sacrificio.
Tomaba agua.
Dejaba esa marca.
Seguía.
Después conocí hombres impecables.
Uñas limpias.
Vocabulario limpio.

Conciencia limpia.
No dejaban nada.
Ni en los vasos
ni en la vida de nadie.
Yo quise parecerme.
Me salió bastante bien
por un tiempo.
Hasta que una tarde
volví solo,
me serví agua,
tomé parado en la cocina
mirando cualquier cosa,
y cuando apoyé el vaso
la vi.
No igual.
Más fina.
Casi nada.
Pero estaba.
La forma exacta
de un hombre
que no se permitió
descansar del todo.
Uno cree
que hereda la sangre,
la cara,
la rabia.
No.
A veces hereda

la manera de dejar marca
en algo transparente
y seguir.

LO QUE NADIE HEREDA

Mi abuelo me dejó
un reloj parado.
No por simbólico.
Porque estaba roto.
Años en un cajón,
envuelto en un pañuelo
que olía a mueble viejo
y a domingo.
Cuando murió
nadie peleó por eso.
Se llevaron cuadros,
cubiertos,
una lámpara pesada
que nunca alumbró bien.
El reloj quedó.
También eso
heredan algunos.
Lo que no sirve
pero acusa.
Durante años
lo abrí de vez en cuando.
Las agujas quietas
en una hora cualquiera
que ya no pertenecía
a nadie.
Pensé arreglarlo.

Nunca fui.
Siempre había algo:
trabajo,
mujeres,
urgencias de mentira,
esa religión moderna
de llegar cansado.
Un día nació mi hijo.
Dormía al lado mío
con el puño cerrado
como si ya trajera
algo que defender.
Saqué el reloj.
Lo puse en la mesa de luz.
Seguía inmóvil.
Y entendí,
sin ninguna poesía,
que en mi familia
no se heredaban campos,
ni calma,
ni maneras limpias
de querer.
Se heredaba tiempo detenido.
Hombres
que avanzaban mucho
sin moverse de verdad.
A la mañana siguiente
lo llevé a arreglar.

El relojero lo abrió,
miró adentro,
me dijo:
esto no estaba roto,
estaba sucio.

EL LUGAR QUE ME GUARDABAN

Siempre me guardaban lugar.

En restaurantes,

en reuniones,

en mesas donde alguien

decía mi nombre

antes de que llegara.

Yo entraba tarde.

No por trabajo.

Por efecto.

Hay demoras

que parecen prestigio

si las hace el indicado.

Me gustaba ver

la silla vacía

esperándome.

Ese hueco

ordenado para mí

me calmaba algo viejo

que nunca entendí del todo.

Llegaba,

pedía perdón sonriendo,

tocaba hombros,

hacía reír rápido,

ocupaba mi ausencia

con habilidad.

Funcionaba.

Durante años
funcionó.
Una noche
volví a un lugar conocido.
Misma gente.
Mismo ruido.
Mismo vino
sirviéndose solo.
Llegué tarde,
como siempre.
Busqué la silla.
No estaba.
Habían corrido la mesa,
juntado platos,
reacomodado nombres.
Quedaba un rincón menor
cerca de la punta,
entre una columna
y un hombre
que no sabía quién era yo.
Me saludaron bien.
Eso también
lo hacen los mundos
cuando ya siguieron.
Me senté.
No entraba cómodo.
Pedí otra copa.
Hablé fuerte.

Conté algo bueno.
Nadie necesitaba
que remontara nada.
Volví solo.
Entendí manejando
que no extrañaba
la atención,
extrañaba
el lugar vacío
que otros cuidaban
para mi demora.

NUEVE PANTALLAS

A las cuatro de la mañana
la recepción parece un acuario.

No por el agua.

Por la luz.

Nueve pantallas
alumbrando una cara
que ya no necesita
verse entera.

Pasillo.

Portón.

Piscina.

Escalera.

Cocina.

Entrada lateral.

Bar vacío.

Patio.

Otra vez pasillo.

Nada.

La gente cree
que vigilar
es esperar que algo entre.

No.

Lo difícil
es cuando no entra nada
y sin embargo
sabés

que la noche viene cargada.
Una pareja
que dentro de veinte minutos
va a romperse en el cuarto 8.

Un tipo
que ya subió llorando
antes de pedir hielo.

Un borracho
que todavía no bajó
pero va a bajar peor.

Una caja
mal cerrada.

Una llave
donde no va.

Una llamada
que si suena
cambia el turno entero.

Todo eso
todavía quieto.

Todo eso
ya viniendo.

Yo me quedaba ahí
con un café viejo
y la mano cerca del timbre,
mirando pasillos vacíos
como quien mira radiografías.

Aprendí así.

No leyendo gente.

Leyendo demora.
El segundo exacto
en que algo todavía no pasó
pero ya eligió
dónde.

A veces amanecía
sin que ocurriera nada.
Esas eran las peores.
Porque uno también
se puede arruinar
de tanto estar listo.

Una mañana
se cortó la luz.
Las nueve pantallas
quedaron negras
al mismo tiempo.

Y en las nueve
apareció mi cara.

No asustada.

No cansada.

Esperando.

Ahí entendí.

No era el hotel
lo que yo estaba cuidando.

Era esa parte de mí
que si se dormía
no volvía a llegar antes.

EL RUIDO DEL FREEZER

En todas las casas
donde fui importante
había un freezer viejo.
Capaz porque el amor
empieza creyendo
que alcanza con guardar.
En una casa
sonaba cada cuarenta segundos.
Un zumbido corto.
Después silencio.
Después otra vez.
Yo me despertaba antes.
No por sensible.
Por entrenado.
Hay hombres
que duermen con alguien.
Y hombres
que duermen
escuchando fallas.
Me levantaba,
iba descalzo,
tomaba agua,
miraba la luz azul
pegada a la puerta.
Nada más.
Volvía a la cama

como vuelve un guardia
a una frontera pobre.
Ella seguía dormida,
hermosa,
lejos incluso al lado mío.
Le apoyaba una mano
para comprobar
que algo tibio
todavía existía.
El freezer arrancaba otra vez.
Con los años
se rompió todo.
La casa.
Nosotros.
La costumbre de decir mañana.
Vino un técnico.
Abrió atrás.
Sacó polvo,
hielo viejo,
una moneda pegada.
Dijo:
esto hacía ruido
hace años.
No contesté.
Hay diagnósticos
que llegan
cuando ya no sirven.
Ahora vivo solo.

Tengo un freezer nuevo.

No suena.

Y a veces,

para poder dormir,

dejo algo mal cerrado.

LA LLUVIA EN LA LISTA

No estaba en la lista.
Eso ya había pasado.
La diferencia
fue la lluvia.
Caía fina,
cara,
de esa que en Punta del Este
no limpia nada:
solo vuelve más brillantes
las entradas.
Yo llegué con ella.
Hermosa.
Mojada apenas.
Riéndose
porque todavía pensaba
que la noche
era una noche.
En la puerta
había dos hombres
con auriculares,
una mujer con planilla
y esa crueldad seca
de los que tienen
un nombre tuyo
o no lo tienen.
Dije el mío.

Buscó.
No estaba.
Lo supe
antes de que levantara
la cara.
Ella miró la puerta,
después a mí,
después la fila.
No con vergüenza.
Con información.
Eso fue lo peor.
La lluvia seguía
haciendo su trabajo:
caer sobre todos
sin reconocer jerarquías.
Atrás nuestro
entró un gurí
con champions sucios.
Lo saludaron por el apellido.
Pasó sin mirar.
Ella dijo:
vamos.
No enojada.
Peor.
Práctica.
Como quien entiende
que el teatro terminó
antes de empezar.

Yo quise esperar.

Todavía.

Porque hay hombres
que prefieren mojarse
en la puerta correcta
antes que entrar secos
a cualquier verdad.

Ella paró un taxi.

Subió sola.

Me dejó ahí,
bajo la marquesina,
con el teléfono inútil
y mi nombre entero
goteando
donde nadie
lo esperaba.

NO ERA HUMILDAD

Cuando empecé a ganar plata
me volví modesto.

Eso decía.

Bajaba la voz.

Escuchaba más.

Pagaba sin mirar.

Dejaba propina
como quien no cuenta.

La gente lo llamaba
madurez.

Yo también.

Queda mejor
que decir miedo.

No quería parecer
el que fui
cuando no tenía nada:

hambriento,

rápido,

mirando cada mesa

como si alguien
me debiera un lugar.

Entonces aprendí
a moverme suave.

A no nombrar cifras.

A no celebrar de más.

A agradecer

como agradecen
los que ya cobraron.
Funcionaba.
Una noche,
en un restaurante lleno,
se cayó mi billetera.
Se abrió en el piso.
Billetes,
tarjetas,
recibos,
todo desparramado
entre zapatos ajenos.
Me agaché enseguida.
También otros.
Manos ayudando.
Sonrisas buenas.
Una mujer diciendo
tranquilo.
Yo juntaba apurado
como junta migas
alguien
que todavía no confía.
Ahí lo vi.
No me había vuelto humilde.
Me había vuelto
un pobre cuidadoso
con dinero encima.

NO ERA RESPETO

Cuando entraba
se callaban.
Yo creí
que era respeto.
Bajaban la voz,
me hacían lugar,
esperaban
que hablara primero.
Eso halaga.
Sobre todo
a quien viene
de pelear por cada silla.
Durante años
lo confundí
con haber llegado.
Caminaba lento.
Elegía vino.
Tardaba en sentarme.
Hasta modulé la risa.
Hay éxitos
que empiezan
por la garganta.
Una noche
entré antes de hora.
No me vieron.
La puerta quedó abierta.

Yo también.
Escuché mi nombre.
Después una pausa breve.
Después risa.
No mala.
Peor.
Cómoda.
Uno dijo:
apurate,
que si llega
no podemos hablar.
Nada más.
No me odiaban.
No me admiraban.
Me administraban.
Cerré la puerta
sin entrar.
Bajé por la escalera
porque el ascensor
era demasiado rápido.
Hay verdades
que necesitan
tiempo para romperse.
En la calle
seguía teniendo
el mismo traje,
la misma llave,
la misma cara

de hombre atendible.
Solo había perdido
la música
con la que yo mismo
me venía entrando.

LA PULSERA

No era cara.
Eso fue lo que me dio asco.
Una pulsera de plástico,
dorada,
comprada en alguna feria
para parecer metal
mientras durara la noche.
Se la vi a una mujer
que no debía estar ahí.
No por pobre.
Por viva.
En esa fiesta
todos tenían algo muerto:
el apellido,
la plata,
la sonrisa,
la manera de quedarse quietos
para que la ropa
hiciera el trabajo.
Ella no.
Ella reía mal.
Fuerte.
Tarde.
Con los dientes enteros.
Yo la miré
como se mira

lo que uno desea
y desprecia
al mismo tiempo.
Bailamos.
No mucho.
Lo suficiente
para que mi mano
tocara la pulsera
cuando la giré.
Plástico.
Ahí decidí
que era menos.
No ella.
Su mundo.
Su forma de brillar
sin permiso.
Le hablé distinto
desde entonces.
Más lento.
Más dueño.
Con esa educación
que algunos hombres usan
cuando quieren poner precio.
Ella lo notó.
No dijo nada.
Al rato me pidió fuego.
Le di el encendedor.
Se prendió un cigarro

mirándome fijo.
Después se sacó la pulsera,
la dejó adentro
de mi vaso vacío
y dijo:
te combina.
Se fue.
No con otro.
Sola.
Eso fue peor.
Me quedé mirando
ese oro falso
hundido en el hielo derretido,
mientras alrededor
seguían riéndose
las personas correctas.
No la levanté.
No la tiré.
La dejé ahí.
Como se deja
una prueba
cuando uno todavía
no sabe
si acaba de humillar
o de ser visto.

EL PERMISO

Me pidieron permiso
para usar una foto.
Eso fue lo raro.
La foto era mía,
decían.
No porque saliera yo.
Porque la había sacado yo.
En la imagen
había una mujer
limpiando una casa
después de una fiesta.
De espaldas.
Rodillas dobladas.
Bolsa negra abierta.
El piso lleno
de pequeñas derrotas brillantes.
La luz era perfecta.
Eso fue
lo imperdonable.
La mandé
a una muestra.
Sin nombre.
Sin explicación.
Sin preguntarle nada.
Le puse:
Después del verano.

Funcionó.
La gente se quedaba
mirándola
con esa seriedad
que aparece
cuando la culpa
está bien enmarcada.
Un crítico dijo:
hay una violencia social
muy fina.
Yo asentí.
Qué fácil
es estar de acuerdo
cuando la violencia
ya no la estás haciendo vos
sino la pared.
Meses después
alguien quiso publicarla
en un catálogo.
Me escribieron:
tenés autorización
de la persona retratada?
Me quedé mirando
esa frase.
Persona retratada.
No empleada.
No cuerpo.
No figura.

No composición.
Persona.
Busqué la foto.
Ahí estaba.
La mujer seguía agachada,
trabajando para siempre
en una imagen
donde yo ya había terminado.
No tenía su teléfono.
No sabía su apellido.
Recordaba, sí,
que esa noche
le había dicho gracias
sin detenerme.
Eso era todo
lo que yo sabía
de alguien
a quien el arte
le estaba pidiendo permiso
demasiado tarde.
No respondí enseguida.
Abrí la imagen.
La amplié.
En el borde inferior
se veía una mano mía.
Casi nada.
Dos dedos,
mi copa,

la sombra del flash.
La había recortado
en la versión final.
Por composición.
Eso dije entonces.
Mentira.
La había recortado
para que la explotación
pareciera mirada.

LA FOTO QUE NO SAQUÉ

No la saqué.
Eso fue lo único
parecido a una victoria.
La escena estaba perfecta.
Un viejo
sentado en la rambla
con los zapatos en la mano,
los pies hinchados,
una bolsa de supermercado
atada al bastón.
Atrás,
el mar hacía
su trabajo de siempre:
volver profunda
cualquier cosa
que uno mire
con suficiente distancia.
La luz era imposible.
Esa luz de Punta
que convierte
la pobreza
en composición
si uno es bastante canalla.
Metí la mano
en el bolsillo.
El teléfono estaba ahí.

Listo.
Yo también.
Ya tenía el encuadre:
el bastón,
la bolsa,
los pies,
el horizonte limpio,
ese contraste perfecto
entre el mundo
que se vende
y el cuerpo
que no entra
en ningún folleto.
La foto iba a ser buena.
Muy buena.
Eso fue el peligro.
El viejo no me miraba.
Miraba el agua
como miran algunos hombres
cuando ya no esperan
respuesta
pero siguen preguntando igual.
Pasó una pareja
haciendo ejercicio.
Pasó un auto caro.
Pasó una mujer
con un perro mínimo
y lentes enormes.

Todo pasaba.
Él no.
Yo seguía
con la mano en el bolsillo.
Ahí entendí
lo que me estaba tentando:
no era belleza.
Era robo.
No de imagen.
De distancia.
Hacer de su cansancio
una prueba de mi sensibilidad.
Hacer de sus pies hinchados
una frase sobre el país.
Hacer de su bolsa
una verdad estética
que después otros
me iban a agradecer.
Saqué la mano vacía.
Me senté a unos metros.
No para acompañarlo.
No soy tan bueno.
Para no usarlo.
El viejo siguió mirando el mar.
Yo también.
Un rato.
Sin obra.
Sin testigos.

Sin convertir nada.
Después se puso los zapatos
despacio.
Le costó.
No lo ayudé.
Tampoco fotografié
esa parte.
Se levantó,
agarró la bolsa,
acomodó el bastón
y caminó hacia la calle
con una dignidad
que habría arruinado
cualquier poema.
Cuando se fue,
el mar quedó igual.
Eso fue lo peor.
Que el mundo
siguiera siendo hermoso
después de negarme
la única forma
en que yo sabía
no desperdiciar
la miseria ajena.

NO LO BAJÉ

La foto era buena.
Eso fue lo peor.
El mozo seguía agachado
juntando vidrio,
la mano abierta,
la camisa negra
pegada al cuerpo.
Alguien había puesto
una silla delante
para que no se viera tanto.
Yo esperé
a que la corrieran.
No mucho.
Lo suficiente.
Después saqué.
La luz entraba perfecta
desde la calle.
El piso brillaba.
El vino parecía sangre
sin obligarme a decir sangre.
Cuando la vi
en la pantalla
sentí algo limpio.
No culpa.
Composición.
La subí.

Sin texto.
El texto hubiera sido
una cobardía más visible.
La foto empezó a crecer.
Un artista escribió:
durísima.
Una mujer puso:
qué ojo.
Otro dijo:
Punta en invierno
es cine.
Yo miraba los nombres
aparecer
sobre la caída de un chico
que al otro día
tenía que volver
a servir mesas.
A la mañana
me escribió alguien del local.
Bajala,
por favor.
No el dueño.
Él.
No puso Federico.
No puso nada más.
Solo:
bajala,
por favor.

Me quedé mirando
la frase.
Dos palabras humildes,
una coma,
otra palabra.
La clase de pedido
que no deja lugar
para la inteligencia.
Abrí la foto.
Seguía siendo buena.
No la saqué enseguida.
La miré un rato más.
Busqué una razón
que me dejara entero:
arte,
registro,
verdad,
la noche,
el accidente,
la belleza de lo roto.
Todas servían.
Todas daban asco.
Cuando por fin la borré
ya no estaba borrando nada.
Él ya me había visto
elegir
entre su vergüenza
y mi ojo.

LOS QUE LIMPIAN DESPUÉS

La fiesta salió perfecta.
Eso dijeron.
Las copas alineadas,
la música justa,
las mujeres hermosas
riéndose donde convenía,
el mar al fondo
haciendo de garantía.
Yo caminé toda la noche
como dueño
de algo más grande
que mi vergüenza.
Saludé.
Abracé.
Prometí.
Dije arte,
dije ciudad,
dije futuro,
dije comunidad
con una copa en la mano
y gente limpiando
a mis espaldas.
No los vi.
Ese fue el punto.
No los vi
hasta el final.

Cuando ya se habían ido
los nombres importantes,
los autos caros,
los que abrazan fuerte
para no recordar a nadie.
Entonces apareció
la otra fiesta.
La verdadera.
Bolsas negras abiertas.
Hielo muerto.
Colillas húmedas.
Servilletas pegadas
a una belleza
que duró tres horas.
Una mujer
pasaba el trapo
donde antes
yo había apoyado
mi discurso.
Un gurí juntaba vidrios
con una pala chica.
Otro arrastraba mesas
sin hacer ruido,
como si el ruido
también fuera propiedad
de los invitados.
Yo estaba cansado.
Ellos no tenían

derecho a estarlo.
Eso me dio asco.
No de ellos.
De la frase.
Me acerqué
para ayudar.
Tarde.
Siempre hay una forma elegante
de llegar tarde
a lo justo.
La mujer del trapo
me dijo:
dejá,
te vas a ensuciar.
No lo dijo mal.
Lo dijo sabiendo.
Ahí estaba todo.
Mi camisa.
Sus manos.
El piso.
La madrugada.
El olor agrio
de lo que se festeja
cuando termina.
Me quedé parado.
Sin épica.
Sin gesto.
Sin utilidad.

Mirando cómo limpiaban
la noche
que yo había llamado mía.
Y entendí,
sin ninguna belleza,
que hay vidas enteras
sosteniendo el brillo
para que otros
puedan confundirse
con la luz.

LA PROPINA

Le dejé propina
a un hombre
que había sido más que yo.
No lo supo.
Trabajaba en la puerta
de un restaurante nuevo,
abriendo autos ajenos,
diciendo buenas noches
con una voz alquilada.
Yo sí lo supe enseguida.
La frente ancha.
El modo de mirar
sin pedir permiso.
Ese resto de mando
que algunos conservan
aunque les cambien
el uniforme.
Años atrás
lo vi entrar
a lugares donde yo esperaba.
Lo rodeaban.
Había gente
que reía
medio segundo antes
de que hablara.
Ahora sostenía

paraguas mojados.
Me recibió bien.
Demasiado bien.
Eso dolió.
Comí adentro
sin hambre.
Hablé fuerte.
Pedí vino caro.
Me reí donde iba.
Toda la cena
fue una defensa.
Al salir
llovía fino.
Me acercó el auto,
abrió la puerta,
me deseó buenas noches
mirándome a los ojos.
Saqué un billete.
Lo puse en su mano
como quien entrega
una prueba.
Lo guardó
sin mirarlo.
Dijo gracias
con una tranquilidad
que me arruinó la victoria.
Manejé solo.
Los limpiaparabrisas

hacían su trabajo humilde.
Entendí recién doblando:
no le había dejado dinero.
Le había dejado
la pequeña humillación
que yo necesitaba
para no admitir
que seguía
debajo de él.

LO QUE ME DIO VERGÜENZA

No fue perder plata.
Eso duele
y después sirve.
No fue que me vieran caer.
Hay caídas
que hasta ordenan.
No fue trabajar de más,
ni dormir vestido,
ni pedir disculpas
por llegar con la cabeza
todavía en otro incendio.
Fue otra cosa.
Una tarde
mi hijo me trajo un dibujo.
Yo estaba hablando solo
frente a una pantalla.
Números,
fechas,
esa clase de urgencia
que siempre promete
ser la última.
Me puso el papel
sobre el teclado.
Yo no lo miré.
Lo corrí apenas,
sin enojo,

como quien mueve
una servilleta
para seguir comiendo.
Seguí hablando.
Dos minutos.
Capaz tres.
Después levanté la vista.
Él ya no estaba.
El dibujo sí.
Una casa torcida.
Un sol enorme.
Tres personas
agarradas de la mano.
Yo no estaba.
Había dos adultos
y un niño.
Nada más.
Me quedé quieto.
Hay vergüenzas
que no hacen ruido.
Se sientan.
Esperan.
Corté la llamada.
Fui a buscarlo.
Estaba en el piso,
solo,
haciendo entrar un auto
debajo de una silla.

Me senté cerca.
No dije perdón.
Los chicos merecen
palabras mejores.
Le pedí que me explicara
quiénes eran.
Me miró un segundo.
Después señaló la hoja.
Dijo:
los que estaban.

EL QUE VOLVIÓ TARDE

Volví tarde.

No de noche.

Tarde de verdad.

Cuando mi padre

ya hablaba despacio

como hablan algunos hombres

cuando el cuerpo

les va sacando país.

Me senté al lado.

Había una ventana,

un vaso con agua,

esa luz de hospital

que no ilumina nada.

Yo tenía cosas para decir.

Agradecimientos.

Preguntas.

Alguna verdad

que durante años

llegó ocupada.

No dije nada.

Le acomodé la frazada

en los pies.

Eso sí.

Hay hombres

que pasan media vida

sin tocarse

y terminan hablando
por tareas pequeñas.
Me preguntó la hora.
Se la dije.
Mintiendo.
Todavía podía hacerlo.
Quise agregar algo.
No salió.
Él cerró los ojos
como quien descansa
de esperar una palabra.
Yo me quedé ahí,
mirando subir
y bajar
lo que quedaba.
Después vino gente.
Pasos.
Puertas.
Una enfermera joven
que sabía moverse
sin ofender la derrota.
Yo me corrí.
Siempre fui bueno
para eso.
Al irme
me agradeció.
No sé qué.
Capaz haber ido.

Capaz la frazada.
Capaz seguir
haciéndole fácil
lo difícil.
Salí al pasillo.
Había máquinas sonando
por otros.
Yo apoyé la frente
contra la pared fría
y entendí por fin
que no llegué tarde
a despedirme.
Llegué tarde
a haber sido hijo.

EL PRECIO

Aprendí temprano
a pagar antes.
Antes de deber.
Antes de romper.
Antes de que alguien
me mostrara la cuenta.
Pagaba llegando primero.
Pagaba sonriendo.
Pagaba diciendo
dejá, yo me encargo.
Pagaba entendiendo
el humor de un cuarto
antes que hablara.
Pagaba no pidiendo.
Pagaba yendo solo.
Eso confundió a muchos.
Lo llamaron nobleza.
Madurez.
Capacidad.
Temple.
Yo también
usé esas palabras.
Quedan mejor
que la verdad.
La verdad era miedo.
Miedo a que cobraran

de otra forma.
Porque hay infancias
donde nadie explica precios,
pero todos aprenden
cuánto cuesta
un portazo,
una botella,
una cara cambiada,
un silencio largo
después de cenar.
Con eso crecí.
Y me volví caro
para mí mismo.
Capaz de resolver
lo ajeno,
de sostener empresas,
de entrar sonriendo
a un incendio pequeño,
pero incapaz
de sentarme tranquilo
sin sentir
que algo faltaba pagar.
Ahora mi hijo
rompe un vaso.
Se queda quieto.
Mira mis manos
antes que mi cara.
Eso me parte.

Junta ya en los ojos
la vieja ciencia
de medir peligro.
Entonces hago
lo único digno
que aprendí tarde:
no moverme.
Le digo
no pasa nada.
Y espero.
No a que me crea.
A que el cuerpo
me crea a mí.
Después barro solo.
Él vuelve a jugar.
Y mientras junto vidrios
entiendo por fin
que tal vez un hombre
empiece a cambiar
cuando deja de cobrarle
a otro
lo que le cobraron a él.

23:20

Gustavo tiene tres años.
Lo digo
porque a los tres
todavía no se actúa.
Todavía no se aprende
a poner la cara correcta,
a pedir perdón por cálculo,
a sonreír
para bajar el precio.
A los tres
lo que aparece
aparece entero.
Por eso te miro.
No por tierno.
Por exacto.
Parás en el marco
antes de entrar.
No por miedo.
Esperás
a que el aire se ordene.
Mirás una mano
antes de dársela.
Una voz
antes de crearla.
Querés algo
y no lo pedís.

Te quedás quieto.
Como si supieras
que a veces
la fuerza no está en ir,
sino en hacer
que el mundo
se muestre primero.
Después avanzás.
Corto.
Sin ruido.
A tu edad
yo ya estaba gastando
lo que recién ahora entiendo.
Vos no.
Vos guardás.
Eso me parte.
Porque no te reconozco
en la cara.
Te reconozco
en la espera.
En esa demora mínima
de los que no entran
hasta saber
dónde pisan.
Cuando te enojás
el cuerpo cambia primero.
El grito
viene después.

Como si adentro
hubiera algo
que no amenaza:
marca.
Por eso
cuando todos te miran
y ven un nene,
yo veo otra cosa.
Veo a alguien
que llegó tarde al día,
cuando ya habían hablado
los negocios,
las persianas,
las deudas,
los cansados,
los que vuelven
a lo poco que tienen
y los que vuelven
a lo que fingen tener.
Y recién ahí
entraste vos.
A las 23:20.
Sin llorar.
Mirando.
Como si hubieras esperado
que bajara el ruido
para elegir mejor.
No te traje

para que me copies.
Ni para que me quieras.
Ni para dejarte nada
que se pueda tocar.
Te traje
para ver
si todavía era posible
que algo limpio
entrara en este mundo
sin pedir permiso.
Si alguna vez
dicen tu nombre
sin conocerte,
yo no voy a pensar
que llegaste lejos.
Voy a saber
que hiciste lo mismo
que hacés ahora
cada vez que frenás
en un marco
y el cuarto entero
cree que dudás:
esperaste.
Leíste.
Y cuando por fin
moviste el cuerpo,
ya era tarde
para que te vieran venir.

EL DÍA QUE NO PASÓ NADA

Mi hijo salió
con una media azul
y otra verde.
Yo lo vi.
No dije nada.
Volvimos de la panadería
con pan caliente
y un bizcocho de más
que nadie había pedido.
En casa
había platos de ayer,
ropa en una silla
y una cuchara
debajo de la mesa.
Puse música.
Mala.
Él empezó a moverse.
Primero los hombros.
Después las rodillas.
Después todo el cuerpo,
serio,
sin saber
dónde poner
tanta música.
Me miró.
Moví un pie.

Nada más.
Él esperó.
Moví el otro.
Bailé.
Mal.
La cuchara
seguía en el piso.
Él la pisó
sin querer.
Resbaló un poco.
No cayó.
Se enojó
con la cuchara.
La levantó,
la apuntó
contra el parlante
y siguió bailando.
Ahí me reí.
No mucho.
Lo suficiente.
Él también.
El vecino golpeó
la pared.
Dos veces.
Nos quedamos quietos.
Después mi hijo
levantó un dedo
hacia la pared

y dijo:
otra.
Puse otra.
Bailamos más fuerte.
El pan quedó abierto.
Una media azul.
Una verde.
Nada estaba
en su lugar.
Y no pasó nada.
Mi hijo mordió
el bizcocho.
Se le cayó azúcar
en la remera.
La miró.
Me miró.
Yo no dije nada.
Él tampoco.
Se limpió
con la mano
y siguió bailando.
El azúcar quedó
debajo de la mesa.

EL AMIGO QUE NO ENTRÓ

Él no tocó timbre.
Me mandó un mensaje:
estoy afuera.
Salí.
Estaba sentado
en el cordón
con una bolsa de hielo
entre los pies.
Al lado,
un vino barato.
La bolsa perdía agua.
Se le mojaba
una media.
No dijo nada.
Yo tampoco.
La puerta quedó abierta
atrás de mí.
Adentro seguía
la música,
los vasos,
mi nombre
dicho por alguien
que no sabía
dónde estaba yo.
Él miró la casa.
Después me miró.

Dijo:
¿comiste?
Dije que sí.
Sacó un sánguche
envuelto
en papel de panadería.
No me creyó.
Lo partió.
Mal.
La milanesa quedó
casi toda
de mi lado.
Intentó arreglarlo
con los dedos.
Lo empeoró.
Entonces me dio
la parte grande.
Comimos sentados
en el cordón.
El vino quedó cerrado.
La bolsa de hielo
seguía perdiendo agua.
A mí se me mojaba
el pantalón.
A él también.
Nadie se corrió.
Desde adentro
volvieron a gritar

mi nombre.
Él no miró.
Yo tampoco.
Terminamos el pan.
Quedó una aceituna
pegada al papel.
Él la levantó,
me la mostró,
y se la comió.
Ahí me reí.
No mucho.
Dijo:
ahora no.
Como si contestara
una pregunta
que yo no había hecho.
Al rato
alguien cerró la puerta.
La música quedó
más baja.
Él se sacó
la media mojada,
la apretó,
y volvió
a ponérsela.

FEDERICO RODRÍGUEZ PÁEZ

Federico Rodríguez Páez (Uruguay, 1987)
es artista visual, escultor, empresario cultural y autor.
Vive y trabaja en Punta del Este.

Su obra se desarrolla principalmente en hierro y vincula materia, memoria, geometría, territorio y presencia pública. Es fundador de Montepilatus, plataforma de arte y espacio de exhibición vinculado a su obra y a artistas invitados.

El lugar que me guardaban integra su línea de obra escrita: una escritura nacida del mismo campo de tensión que su trabajo visual, entre cuerpo, memoria, clase, mirada y permanencia.

federicorodriguezpaez.com

EL LUGAR
QUE ME GUARDABAN

Federico Rodríguez Páez

Libro digital de poemas

Edición digital de autor

Punta del Este, Uruguay, 2026

federicorodriguezpaez.com